LIBRO VIGESIMO

Mas entretanto el insano afecto de la Española se habia exacerbado en su corazon. Nada era que el Príncipe de Texcoco enseñado por Javier á vencer la pasion amorosa, desviase sus ojos de la hija de Béjar y se apartase de hablarla, cuanto ser podia para el que se hallaba en la comitiva del buen duque como uno de sus hijos; aquella declaraba en su triste silencio las penas inocultables del amor desdeñado.

Luciera ya el cielo de la grande Hesperia para la amante y para el Príncipe de Acolhuacan, ambos gustáran el perfume de sus florestas y contempláran á una la calma de sus noches, testigo el astro de los delírios; mas el amante de Papantzin ya próximo á ceder al amor de la Española, traía luego á la mente las palabras de

vida del buen Javier; y así esforzaba su pecho cuando en los espectáculos de Florencia ó de Venecia y aun en la misma Ciudad Santa, al suave rumor de aquellas armonías con que embelesan los hijos de la Ausónia, ó al cantar de la musa de esa region afortunada, hervia el corazon en el generoso deseo. No ménos recordaba entónces el Príncipe azteca los favores con que el Altísimo lo señaló entre muchos; y temeroso de desmerecerlos, clamaba en su corazon pidiendo al cielo su socorro. Así resistiendo á tantos combates, llegó el postrero á que con la Española iba el de Anáhuac á ser entregado.

De vuelta los peregrinos en Sevilla, estaba ya próxima la estacion glacial, ya por cumplirse un año desde que dejaron á Lutecia: ya los vientos de Otoño deshojaban los arbolados, y las aves viajeras se alejaban en silencio. Zumárraga se adelantó á sus neófitos tornando más breve á Nueva-España, y estos al fin vieron llegar la víspera de hacerse á la vela y atravesar los mares para volver á su país; de ahí á poco el Duque con sus hijos estaria de regreso en Avila.

Eran horas de la primera vigilia de la noche; en la sala de los convites de la morada que ocupó Béjar durante su mansion en el famoso puerto, permanecian, pasada la cena, el Duque con Gonzalo y Catalina, departiendo por la vez última, con los de Anáhuac, ya próxi-

mos á marchar á los bajeles anclados en el vecino rio.

La Castellana habia llorado á solas todo el dia; estaban ajadas sus mejillas y el mirar de sus ojos daba lástima. Los cuidados de la hija llegaron en tanto al corazon del padre, casi arrepentido de sus favores con el Extranjero, pero más admirado de la lealtad del generoso amante de Papantzin.

De repente Catalina prorumpió en llanto y sollozos; aun ántes que los extranjeros levantándose fuesen á decir el postrer adios. La enamorada quiso esconder su rostro como por vergüenza, y salir de aquel aposento; pero su padre que acudió al paso la detuvo y la estrechaba contra su corazon.

Mas la jóven hacía estremecer aquellos muros dando á su dolor libre salida.

Béjar no pudo ménos que llorar enternecido, y los circunstantes lloraron tambien.

Empero cuando el duque reconoció ser grande el dolor de Catalina:—"Acabe tu pesar."—la dijo—"No partirán ya Nezáhual y Ecuangári; aún quedarán muchos dias con nosotros."—Luego volviéndose á los viajeros: —¿"No es así?"—decíales, como quien demanda favor.

Ecuangári conmovido guardaba silencio; pero Nezáhual adelantándose al buen Castellano,

—"Perdona—repuso—si no pago los bienes de que me llenaste, y cuya memoria me confunde, aceptando aún otro que desciendes á ofrecer á tu siervo; pero los

mios esperan al ausente, y ¿qué será de Nezáhual si vuelto á los suyos los oyese quejarse: "¿porqué tardabas tanto? Ha muerto Ayauhcíhuatl," ó así de alguno de los mios?"

A tal respuesta la jóven redobló sus sollozos, y el padre, como si reiterase un ruego, volvió sus ojos al Texcocano.

Este, que luchaba dentro de sí contra el atractivo poderoso del amor de la Española y la ternura del buen padre, vaciló un momento: ¡momento terrible! Pero ofreciendo en su corazon un sacrificio al Dios de las alturas, habló á Béjar lo que alejase todo ruego:

—"¡Buen blanco y mi Señor, que has sido como mi padre, dijo el Acólhua—déjame partir al grande *acálli* que nos espera en las aguas, porque no puedo ya más morar aquí contigo! Me ama tu hija, pero me espera en Acolhuacan la hija de Atotóchtli, la prometida de tu siervo, y yo no puedo llenarla de confusion y quebrantar mis promesas. Perdona si esta palabra levanta enojo en tu corazon. ¡Quiera el Dios invisible pagar á tí y los tuyos el bien que hicisteis á los extranjeros hijos de Anáhuac!"

Esto diciendo salióse con el de Michoacan dejando á Béjar, que confuso y enternecido estrechaba en los brazos á su desolada hija; Gonzalo iba en pós de ellos no ménos conmovido.

Presto cruzaron por las tortuosas y prolongadas calles y llegaron al muelle.

De en medio del silencio solo se levantaba ese rumor nocturno de las ciudades, ó acaso el viento gemia y hacía caer las hojas de los árboles. Las ondas del rio se deslizaban entretanto con dulce murmullo, reflejando la luz de las estrellas, y las luces de los anclados bajeles que al amanecer partirian, detuvieron á los que llegaban. Nezáhual y Ecuangári dijeron adios al hijo de Béjar, y anudada la garganta y casi llorando no pudieron decir mncho que quedó en silencio, y entrando en la barquilla fueron conducidos á la nave que habia de llevarlos á la Veracruz.

Apénas rayó el alba se hicieron á la vela, y en pocos dias desaparecieron las costas del viejo mundo. Iba el fiel Ecuangári prodigando sus cuidados al de Texcoco en las penosas horas de una triste navegacion. El hijo de Ayauhcíhuatl no contemplaba en el profundo de los cielos sino los anuncios de un mal que presentia, y por el desierto de las aguas pareció adelantarse una funesta nueva.

Dínos ¡o Musa! todas las desgracias que desolaron la casa del piadoso Nezahualpílli, mientras éste léjos al otro lado de los mares padeció tantas penas y vió puesto á prueba su amor y su fé. ¿Qué fué en tanto tiempo de la recatada Vírgen que se quedó morando en Texcotzinco cuando partia el favorecido amante? ¿Qué, de Ayauhcíhuatl la virtuosa madre del jóven viajero?

Apénas el hijo, no bien recobrado, alejóse otra vez á las regiones del Sol, la salud de la infeliz que ya no pudo sufrir más, fué perdiéndose de dia en dia. Ni los cuidados de Jocotzin, ni los de la reina de Tacuba, ni la solicitud como de hija con que la miraba la enamorada Princesa, bastaron á detener el mal en sus rápidos avances. Ni Valencia que sabía poner remedio á todas las penas, pudo hacer que la virtuosa matrona dejase de sentir el funesto dolor del hijo ausente. En vano las "pinturas dobladas," que el misionero unas veces y otras el Pastor de Texcoco escribian al hijo suspirado, en nombre de los suyos, le fueron remitidas, porque no llegaron á Castilla ni aún atravesaron los mares. Ojeda y otros malos á quienes prestaba siempre su serviles oficios el amante desdeñado de la Princesa, supieron interceptar los pliegos enviados á Zumárraga, y con ellos las nuevas que iban para Nezahualpílli de parte de los suyos. Pasados así algunos meses, Valencia fué llamado á Texcotzinco, porque Ayauhcíhuatl pidió siquiera ese consuelo para sus últimos dias que presintió le llegaban ya. El buen misionero dejó su retiro de Tlalmanalco donde moraba entónces, y acudió solícito al llamado de la virtuosa Señora, hija de reyes pero ya confundida entre los vencidos; solo los misioneros respetaban el

rango de los envilecidos acólhuis. La madre no podia resignarse á morir sin ver á Nezáhual, y en sus últimos delirios causados por el ardor que la consumia, murmuraba discordes conceptos: se imaginaba bogar con su hijo por las grandes aguas de vuelta de los países del Sol, y unas veces: "¡salvadlo, que se ahoga,!" decia levantándose de su lecho, y otras: "Nezahualpiltzíntli, (1)—murmuraba como tranquilizada,—ahora sí ¿ya no volverás á Castilla?" Esos arranques del amor materno en medio de la fiebre, herian cruelmente el corazon de los que velaban al lecho de la moribunda, y á cada uno, Jocótzin, Papan y Atotóchtli prorumpian en llanto, invocando á la Vírgen Santa para que volviese pronto el hijo de Ayauhcíhuatl. En las horas de sosiego, el Padre Valencia no cesaba de proponer á la enferma muchas consideraciones que los cristianos y sus sacerdotes ofrecen á los que mueren por las penas del alma: era muy persuasiva la palabra del Misionero Español al narrar los dolores y pesares, enormes como las aguas del profundo, de la Madre de Cristo Jesus el dia del suplicio de su hijo: Ayauhcíhuatl escuchandole, decia resignada estar conforme con la voluntad del Señor, aunque fuese morir sin ver más á Nezahualpílli.

Así pasaron los dias postreros de la más querida de las hijas del gran rey de Acolhuacan, heredera de sus

(1) Desinencia que expresa cariño.

virtudes y de sus creencias admirables, la primera que con Jocótzin, entre la familia real de Texcoco, recibió de manos de Valencia el agua regeneradora y la fé del Cristo. Las matronas de la ciudad asistieron á las exequias de la gran Señora haciendo doloridos recuerdos de sus virtudes, y decian no haber otra madre tan buena y discreta como la de Jocotzin y Nezáhual en todo Acolhuacan, y añadian: "pobre de Nezáhual cuando vuelva de los países del Sol." Sus restos fueron llevados al atrio del templo grande de Texcoco, cubiertos de las flores amarillas del *cempoalxóchilt*, conforme al uso de los de Anáhuac.

A esos pesares siguieron otros bien presto.

Maxtlaton, que desde que partió el hijo de Ayauhcíhuatl, osaba no solo acechar sino pasar con insolencia á la vista de Texcotzinco, se presentó una noche á la puerta de aquel hogar perseguido, con gente armada, entre los que iban algunos blancos. Apénas pudo salvarse la jóven prinsesa ocultándose en el bosque y refugiándose otro dia en Texcoco. Acogida primero en la morada de una piadosa viuda castellana, que habia venido del viejo mundo para enseñar á las niñas de Nueva-España la doctrina del Cristo, fué recibida despues en una casa de recogimiento, en donde otras matronas españolas educaban en la piedad y las haciendas de su sexo á las jóvenes indias de la primera nobleza.

Admitida Papan en ese asilo se atrajo bien pronto la admiracion y amor de sus hermanas y de las matronas; empero daba lástima observar á su rostro, porque habia en su mirar y en todo su semblante una grande tristeza cuya causa ignoraban todas, excusándose siempre la Princesa, con suavidad y amable discrecion, de las que inquirian su secreto. Solo cuando su madre con Jocotzin y Tezozomoc se presentaban á visitarla en los dias de la fiesta semanal, veian á Papantzin más resignada despues de llorar mucho con la hermana del ausente.

Así se hallaban las cosas en la familia de Nezahualpílli cuando éste, terminado su viaje de vuelta de Castilla, desembarcado en la Veracruz, se presentó á la entrada de la mansion de Texcotzinco una hora ántes del ocaso, acompañado de Ecuangári. Jocótzin y Atotóchtli al descubrirlos, sintieron en el alma conmociones terribles, y Tezozomoc que apareció despues estaba estrañamente turbado: ¡el hijo no encontraba á su madre!

En vano Nezáhual preguntó: "¿donde está Ayauhcíhuatl mi madre?"—El silencio acompañado de llanto y gemidos daba la fatal nueva.

"¿Qué es de Ayauhcíhuatl mi madre?"—volvió á preguntar el viajero. Pero á eso solo respondían los gemidos.

"¿Ha muerto nuestra madre?"—Repitió Nezáhual hablando á Jocotzin con acento desconcertado.

Pero ella cayendo entre los brazos de su hermano levantó á los cielos el grito, lo mismo que en los dias amargos del suceso fatal.

Entónces el Acólhua síntiéndose como herido en el fondo de sus entrañas, y como cuando la tempestad estalla por todos vientos, bramó, y á los sollozos se desbordaron las lágrimas á torrentes. Tezozomoc, Atotóchtli y Ecuangári le cercaron, y el llanto y la desolacion se hizo general. Ninguno sabía decir palabras de vida que suavizan el dolor, y no estaba allí Valencia cuyos consejos eran como miel y bálsamo que cura la herida.

¡Ay! los cielos á pesar de su azul esplendente, y el lago risueño y tranquilo, y los ahuehuetes del bosque reverdecidos y frondosos, se cubrieron de luto en ese instante para el hijo de Ayauhcíhuatl, porque los cielos parecíanle lúgubres desiertos, y el lago un mar de lágrimas, y el ruido manso de los árboles gemidos de muerte; hasta las peñas y la maleza y los estériles nopales, morada de las tórtolas, y los aloes de los cercados, parecíanle adoloridos y que sentian lástima: creía escuchar un gemido sordo murmurando al salir de todos los ámbitos: "¡Ayauhcíhuatl ha muerto, y tú tardabas!"

Llevado luego á su estancia, asentóse á pensar en su dolor: oculto el rostro entre las manos, ajados y muy ofendidos los ojos, desviado su mirar y anublada su frente, tal se le vió cuando daba la faz á los que de las

cercanías de Texcotzinco, venian á hablarle palabras de amistad y consuelo. Así pasó las horas en más de trece dias que se negó á ver la luz de los cielos ó el semblante de los extraños que no lloran. Ecuangári, en frente de su amigo no se apartaba de ahí, vueltos al suelo sus ojos, pensando entretanto qué fuese de Tzutzúqui su madre.

Durante esos dias y cuando el pesar buscaba el desahogo en doloridos acentos:

"¡O si aquellos—se le oía exclamar muchas veces,—á quienes el Dios criador favoreció con las dulces palabras y sentidos discursos para decir cantares que son tan ricos como sartales de exquisitas piedras, quisiesen clamar para que el Mundo lo supiese, este pesar profundo como barrancos y despeñaderos, este dolor amargo de Nezáhual, á quien el Dios invisible negó el consuelo de cerrar los ojos á Ayauhcihuátzin nuestra madre, ya muerta, y que en vano llamó á su hijo, ausente al otro lado de las grandes aguas!"

¡Musa, la que sublimas los grandes pesares con el encanto maravilloso de doloridas armonías,..... ¿te negarás á hacer que mis palabras lleguen hasta los términos de la India y de la Siberia, para que hagan saber á todo el Mundo este dolor de un hijo piadoso, desconocido tanto tiempo.....?

Valencia fué llamado de Tlalmanalco para que viniese á dar sus consuelos al inconsolable, á quien ni las nuevas de que Papan estaba en salvo en la vecina Texcoco, podian sacar del profundo de su abatimiento. El Misionero se presentó en breves dias, y cuando el neófito lo tuvo delante de sí, el dolor reprimido estalló con más violencia: la presencia de aquel buen amigo de Ayauhcíhuatl y de todos los suyos, hacía echar de ménos á la que era honrada del mismo Sacerdote. Pero este probó todos los medios de dar alivio al corazon del pobre Acólhna. Le hablaba de la resurreccion á la vida futura y de los más tiernos recuerdos de la misericordia de Jesus el Cristo condolido de los infortunados que sufrian mucho por la muerte de una persona querida: la resurreccion del jóven hijo de la viuda y la del hermano de Marta y Magdalena fueron asunto de aquellas conversaciones: Nezáhual se sorprendia de encontrar previstas todas las penas en la doctrina del Dios hombre, y para ellas siempre remedio. Pero lo que más alivió el alma del doliente, fué la narracion que le hizo Valencia de los dolores de la Vírgen Santa el dia de la muerte de Jesus. Era el mayor pesar para Nezahualpílli contemplarse como si fuese el homicida de Ayauhcíhuatl por haber tardado tanto tiempo en los países del Sol; mas al exponerse á sus ojos el dolor soberano de la Madre del Cristo, y sorprender en él como la fuente de todos los consuelos, ya no dijo más de su pro-